

¿Es necesario, pues, que el hombre se mueva siempre de un extremo á otro? ¿No puede hallar un justo medio racional entre el libertinismo y el farisaísmo, entre el menosprecio de la ley y la esclavitud de la ley, entre el desorden y la pedantería?

Evidentemente, puede hacerlo. Y aun puede hallar un medio sublime y santo. Tal es la libertad del espíritu. No la libertad por la ley, sino la libertad en la ley, por encima de la ley.

¿No ha dicho el Salvador que si nuestra justicia no superaba á la de los escribas y fariseos, no entraríamos en el reino de Dios? ⁽¹⁾

Ahora bien, los santos y los perfectos han realizado estas palabras, indicándonos admirablemente con este principio: «Solo Dios», la manera como debemos realizarlas también nosotros.

En esta cuestión, han encontrado también el punto exacto con esta fórmula: «Nada reemplaza á Dios». Los dones de Dios no son Dios mismo. El camino no es el término. Todo lo justo es bueno. Pero sólo Dios es lo que hay de mejor. Muchas cosas conducen á la perfección, pero Dios solo es la perfección.

La vida de ellos es fiel á este principio. No hay pedantes entre ellos, no hay personas esclavas de sus hábitos, no hay espíritus ni corazones estrechos.

Siempre están dispuestos á renunciar á sus más legítimas inclinaciones, á sus más caros trabajos, aun á aquello á lo cual se aferra más el hombre: á la esperanza de cosechar lo que ha sembrado. Nadie se adhiere menos que ellos á su opinión personal, nadie es más fácil de instruir, no conocen más que un modo de juzgar: juzgar como Dios. Sólo hay una cosa á la cual no quieren renunciar: agradecer á Dios.

Obran sin esa inquietud y esa precipitación que tanto perjudica á nuestros trabajos y á nuestras oraciones, y que con frecuencia perturba más nuestra alma que las

(1) Matth., V, 20.

faltas más graves. Pueden pasar sin dificultad de la oración al trabajo, y, lo que es menos cómodo, del trabajo á la oración, porque, no obstante la aplicación que en él ponen, no se adhieren á él. Siempre y en todas partes muestran humor igual, en la alegría como en la tristeza, en los éxitos como en los reveses, en las alabanzas como en las maledicencias y calumnias. Y aun cuando hayan cometido faltas, y sufrido la merecida vergüenza, no sucumben al desaliento. Se sacrifican y sufren voluntariamente que otros cosechen lo que han sembrado. No se ven en ellos esas postraciones morales que denotan intenso agotamiento, por más que no finjan tampoco una insensibilidad estoica. Nunca es exagerada su alegría. Aman á los suyos, pero ponen por encima de todo á Dios y sus deberes. Son buenos con toda persona honrada y virtuosa; pero prefieren á todo la verdad y la justicia. Toda patria es para ellos un país extraño, y todo país extraño una patria. Puede empleárseles en todo; puede confiárseles todo, todo puede esperarse de ellos. Les es tan extraña la lisonja como la intriga y los caminos tortuosos. Censuran sin temor y sin amargura, y dicen la verdad sin consideración á nadie y sin animosidad. No piden nada, ni nada rehusan; no corrompen un júbilo legítimo; muéstranse tristes con los tristes, alegres con los alegres, y jamás la inquietud invade su corazón. Lo que hacen, lo hacen por amor y no por violencia. Observan con la mayor escrupulosidad todos los mandamientos, todas las costumbres, pero no se aferran á ellos, ni se muestran inquietos cuando no pueden observarlos. Están siempre dispuestos á renunciar á todo menos á Dios. Por amor de Dios, ó con miras á la mayor perfección, están dispuestos á hacer todo lo que no perjudica á Dios ni á la salvación de su alma.

He aquí la verdadera libertad del espíritu, consecuencia, y nota característica segurísima de la verdadera unión con Dios.

Hanla encontrado los santos entregándose completamente á Dios. Pero, con ella, han encontrado igualmente

la santa resignación del corazón y la paz del alma. Porque el Espíritu Santo, por quien se dejan guiar como verdaderos hijos de Dios, les testimonia que los considera así, al darles por recompensa ese espíritu de la infancia que les priva de todo temor, de toda inquietud y de toda servidumbre. ⁽¹⁾

«Así encuentra la paz el alma. Sólo vive en ella la voluntad de Dios. Ella se entrega á Él, Él se entrega á ella, y entonces todos los bajos deseos se callan». ⁽²⁾

10. En las cosas de Dios, el comienzo es difícil, pero fácil su final.—Por desgracia—dicen gimiendo muchas almas nobles—he aquí un fin muy elevado, magnífico, pero ¿quién lo alcanzará?

El que se ponga con seriedad al trabajo y continúe con constancia, no obstante las dificultades que encuentra al paso.

Lo que fatiga al hombre y lo aplasta, no es la empresa que Dios le ha impuesto, sino su propio peso. Mientras no se da á Dios, parecele que va á sucumbir.

Esto es lo que ocurrió á Dante cuando entró en la vía de la purificación.

«Estaba yo abrumado de fatiga—dice. ¡Oh Padre querido—exclamé—vuélvete, y mira que voy á quedar solo, si no te detienes un instante!» ⁽³⁾

Ahora bien, ¿cuál era la causa de su debilidad? Él mismo, y no la dificultad del camino. Felizmente, su guía no le dijo que se entregase al reposo. Y entonces, ¡cuán rápidamente cambió todo!

«Al franquear aquellas sagradas escaleras, me pareció que subía con más ligereza que no había caminado antes por el terreno llano». ⁽⁴⁾

La violencia externa era ya inútil. Lo que había hecho antes, porque estaba obligado á hacerlo, lo hizo muy pronto por propia voluntad:

(1) Rom., VIII, 14-16.

(2) Mechtild von Magdeburg, I, 44 (lat. 4, 6).

(3) Dante, *Purgat.*, IV, 43 y sig.—(4) *Ibid.*, XII, 115 y sig.

«El ansia de llegar muy pronto arriba producía siempre nueva ansia; así me parecía que, á cada paso, la fuerza cobraba nuevo impulso». ⁽¹⁾

Por fin su guía pudo permitirle marchar solo:

«Hasta ahora he tenido el trabajo de guiarte; ahora guíate tú mismo. No tienes que atravesar más escollos». ⁽²⁾

¡Atrás, pues, todo temor!

Las obras del mundo empiezan con alegría y acaban con tristeza. Los caminos de Dios son rudos al principio, pero á cada paso que se da en ellos son más agradables.

Así, pues, empecemos con seriedad, marchemos valerosamente y pronto diremos llenos de júbilo:

«¡Oh almas que miráis de lejos con envidia las cumbres de la perfección, poneos seriamente en marcha para alcanzarlas. No obstante los obstáculos que encontréis, continuad vuestro camino con valor y perseverancia, y muy pronto repetiréis con júbilo estas palabras del poeta: «¡Ah qué enigma he resuelto hoy! Parece que voy á morir de júbilo. ¡Ah si tú también pudieses comprenderlo! Pero jamás lo harás con tu inteligencia. Preciso es dejar obrar á tu corazón».

(1) Dante, *Ibid.*, 17, 121 y sig.

(2) *Ibid.*, 17, 130 y sig.